

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, diciembre de 1894 ✧ NÚMERO 12

— Con el presente número se entregará el cuaderno 12 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL ESPEJO DE MI TÍA MARGARITA: Felipe Forester acercóse á lady Bothwell...

SUMARIO

El espejo de mi tía Margarita (continuación).—El caballo blanco (conclusión).—Hortensia de Castro.—El fin del sitio de Sebastopol.—Variedades.

EL ESPEJO DE MI TIA MARGARITA

POR SIR WALTER SCOTT

(Continuación)

—Sin duda, os referís al mayor Falconer, vuestro hermano por parte de madre; pero no sé qué tenga que ver él con nuestra presente agradable conversación...

—Habéis tenido algunas palabras con él, caballero Felipe,—dijo lady Bothwell.

—Naturalmente, puesto que entre nosotros hay parentesco,—replicó Felipe,—y nuestras relaciones han seguido, por tal concepto, el curso ordinario.

—Eso es una evasiva,—interrumpió lady Bothwell.—Las palabras á que yo me refiero son las que se cruzan entre dos hombres enojados, y yo sé que se trataba del trato que dais á vuestra esposa.

—Si suponéis,—repuso Felipe,—que el mayor Falconer llevaría su candidez hasta el punto de darme algún consejo sobre mis asuntos domésticos, estáis autorizada, señora, para suponer que yo me disgustaría lo bastante para rogar al mayor que guardase sus consejos hasta que se los pidieran.

—Y, hallándoos en tan mala inteligencia, vais á incorporaros al mismo ejército en que mi hermano Falconer está sirviendo ahora.

—No hay hombre alguno que conozca la senda del honor mejor que el mayor Falconer,—contestó Felipe.—Un aspirante á la fama, como yo, no puede elegir mejor guía que sus pasos.

Lady Bothwell se levantó y acercóse á la ventana para ocultar sus lágrimas; pero después, enjugándose sus ojos, dijo:

—Y ¿os parece bien, caballero, recompensar con ese lenguaje sarcástico, el interés que tomamos, temerosas de un encuentro, que podría tener las más terribles consecuencias? ¡Dios mío! ¿De qué puede estar hecho el corazón de los hombres capaces de burlarse así de la angustia de los demás?

Felipe se conmovió al oír estas palabras, y, dejando el tono burlón con que había hablado hasta entonces, aproximóse á la dama, cogióle tímidamente la mano, y dijo con cierta gravedad:

—Apreciable lady Bothwell, los dos vamos mal. Vos habláis, tal vez, demasiado seriamente, y yo, quizá, con más indiferencia de la que debo. La disputa que tuve con el mayor Falconer careció de importancia; y si entre nosotros hubiese ocurrido algo que debiera resolverse por *vías de hecho*, como decimos en Francia, ninguno de los dos es persona que tenga por costumbre aplazar un encuentro. Permittedme deciros, por lo tanto, que si se supiera

generalmente que vos ó mi esposa teméis se mejante catástrofe, éste sería precisamente el medio de que sucediera, lo que de otro modo no es probable que ocurra. Sé que tenéis muy buen sentido, Sra. Bothwell, y que comprenderéis al deciros que mis asuntos exigen realmente mi ausencia durante algunos meses. Jemima no entiende esto, y me acosa de continuo con sus preguntas. Su afán es saber si no puedo hacer esto, ó aquello ó lo de más allá; y cuando le he demostrado que sus medios son ineficaces, volvemos otra vez á las andadas, y he de sufrir de nuevo un interrogatorio. Ahora bien: valdría más, mi apreciable señora, que le dijeseis que estáis convencida, pues para ella no sirven razonamientos. Tened un poco de confianza en mí, y ya veréis que ampliamente os la recompensó.

Lady Bothwell movió la cabeza como persona que no queda del todo convencida.

—¡Qué difícil es,—dijo,—tener confianza cuando la base en que debe reposar ha sufrido tantas sacudidas! Sin embargo, haré cuanto pueda para tranquilizar á Jemima, y me limitaré á deciros por ahora que le haré responsable ante Dios y ante los hombres de todo cuanto suceda, si no persistís en los mejores propósitos.

—No temáis que os engañe,—repuso Felipe.—En cuanto á las cartas, lo más seguro será dirigírmelas por correo á Helvoet, donde pienso dejar órdenes para que me remitan mi correspondencia. Por lo que hace á Falconer, nuestro único encuentro se efectuará ante una botella de Borgoña, y por esta parte podréis estar del todo tranquila.

Lady Bothwell, sin embargo, no quedó muy satisfecha; pero reconocía que su hermana empeoraba su propia causa, tomando las cosas tan á lo vivo y manifestando ante todos los conocidos, por su modo de proceder, y á veces por sus palabras, el disgusto que le causaba el viaje de su esposo. Este último oiría, por fin, algo que le desagradara, y daría lugar á otra polémica; pero no había remedio para aquella disensión de familia, que no terminó hasta el día de la separación.

Siento mucho no poder determinar con exactitud en qué año Felipe Forester marchó á Flandes. Fué uno de aquellos en que la campaña comenzó con extraordinaria furia, habiéndose empeñado muchas sangrientas é indecisas escaramuzas, entre los franceses, por una parte, y los aliados por la otra.

De todos nuestros modernos adelantos, no hay tal vez ninguno mayor que la rapidez y puntualidad con que las noticias se transmiten desde cualquier lugar de la acción á las personas interesadas que se hallan en otro país.

Durante las campañas de Malborough, los padecimientos que tenían parientes ó amigos en el ejército fueron realmente angustiosos por la incertidumbre en que estaban semanas enteras después de haber oído hablar de las últimas batallas, en las cuales era de presumir que habían tomado parte las personas queridas. Entre los que más se contristaron

por aquel estado de incertidumbre, contábase la esposa, casi abandonada podría decirse, del alegre caballero Felipe Forester. Tan sólo una carta le había dado noticia de su llegada al continente, y después no se volvió á saber nada, ni se recibió ninguna otra.

Sin embargo, los diarios publicaron cierto día una noticia, según la cual asegurábase que á Felipe Forester se le había encargado un reconocimiento muy peligroso, que practicó con gran valor, habilidad é inteligencia, recibiendo por ello las gracias del general en jefe.

La noticia de que Felipe había obtenido una distinción alegró momentáneamente á su esposa, coloreando un poco sus mejillas; pero muy pronto éstas recobraron su palidez, pues la pobre mujer pensaba sin cesar en el peligro.

Después de esto, ya no se recibió noticia alguna, ni de Felipe, ni del mayor Falconer; pero, á decir verdad, la situación de lady Forester era análoga á la de centenares de mujeres, aunque también se ha de tener en cuenta que un espíritu débil como el suyo es necesariamente irritable, y que la incertidumbre y la inclinación á creer y esperar lo mejor eran cosas intolerables para la pobre mujer, que, siempre abatida, cavilaba sin cesar, viéndolo muy negro el porvenir.

II

Como no se recibía noticia alguna directa ni indirecta de Felipe, su infortunada esposa comenzó á consolarse al recordar la indiferencia con que antes la trataba su esposo.

—No piensa en nada,—repetía cien veces diariamente á su hermana.—Él no escribe nunca cuando las cosas van bien: ésta es su costumbre, y si le hubiese sucedido algo, ya nos lo habría dicho.

Lady Bothwell escuchaba á su hermana sin esforzarse para darle el menor consuelo. Probablemente pensaba que hasta la peor noticia que se recibiese de Flandes bastaría de por sí para aliviar su pena; y que, aunque lady Forester llegase á ser viuda, esto sería para ella más bien una felicidad que una desgracia. Semejante convicción adquirió más consistencia cuando se supo, por varios informes tomados en el cuartel general, que Felipe no estaba ya con el ejército; pero ignorábase si habría sido muerto en algunas de las escaramuzas que diariamente se daban y en las que tanto le agradaba distinguirse, ó si, por alguna razón desconocida, ó un capricho, habría renunciado á servir más tiempo. Sobre este punto no se podían formar ni siquiera conjeturas, porque todo hubiera sido muy aventurado.

Entretanto, los acreedores de Felipe, cansados de esperar, apoderáronse de sus bienes, amenazando su persona si tenía el atrevimiento de volver á Escocia. Este último incidente agravó el disgusto de lady Bothwell, y su enojo contra el esposo fugitivo; mientras que su hermana no hacía más que contristarse hondamente por la ausencia de aquel á quien se re-

presentaba ahora, como antes del casamiento, galante, alegre y cariñoso.

Hacia esta época apareció en Edimburgo un hombre cuyo aspecto era tan singular como sus pretensiones extravagantes; llamábanle comúnmente el doctor Paduano, por haberse educado en aquella famosa Universidad, y se aseguraba que poseía algunas raras recetas de medicina, con las que había obtenido notables curaciones. Los médicos de Edimburgo le consideraban como un empírico; pero muchas personas, y entre ellas algunas del clero, aunque admitiendo la verdad de los buenos resultados que obtenía y la eficacia de sus remedios, agregaban que el doctor Bautista Damiotti hacía uso de encantos y malas artes para conseguir buen éxito en su práctica.

Por esto se llegó hasta el punto de predicar solemnemente contra el doctor, sosteniéndose que pedía sus remedios á los ídolos y que los recibía secretamente de Egipto; pero la protección que dispensaron á nuestro hombre varios amigos y personas de importancia permitióle rechazar con buen éxito estas imputaciones y entregarse, hasta en la ciudad de Edimburgo, donde tanto se aborrecía á los nigromantes, á la peligrosa práctica de adivinador del futuro.

Al fin, circuló el rumor de que el doctor Bautista Damiotti podía decir cuál era la suerte de los ausentes y hasta mostrar á sus visitantes las formas personales de sus amigos, por lejos que estuvieran, haciendo ver en qué se ocupaban en un momento. Este rumor llegó á oídos de lady Forester, que había llegado ya á ese punto de angustia mental en que el paciente hará ó aventurará cualquier cosa para convertir la incertidumbre en certeza.

Aunque dulce y tímida por lo regular, el estado de su ánimo era muy suficiente para comunicar resolución, y no sin sorpresa é inquietud oyóle decir lady Bothwell que estaba resuelta á ir á ver al nigromante para saber cuál había sido la suerte de su esposo. Lady Bothwell hizo observaciones á su hermana para demostrar lo improbable que era que el doctor extranjero pudiese fundar sus pronósticos en ningún hecho positivo, y aseguró que aquel hombre no podía ser sino un impostor.

—No me importa,—contestó lady Forester,—que se ridiculice el paso que voy á dar; y si hay la menor probabilidad de saber algo cierto sobre la suerte de mi esposo, no quiero perderla por todo cuanto hay en el mundo.

Lady Bothwell hizo presente á su hermana que era, además, irreligioso apelar á semejantes recursos, que el buen sentido y la moral rechazaban.

—Hermana mía,—repuso lady Forester,—aquel que se está muriendo de sed no puede menos de beber agua, aunque sepa que la han envenenado: la persona que sufre por la incertidumbre y la inquietud debe buscar informes, aunque deba apelar á poderes ilegítimos é infernales. Quiero conocer mi suerte, y esta misma noche la sabré. El sol que nos ilumine

mañana me encontrará, si no más feliz, por lo menos más resignada con mi suerte.

—Hermana, —replicó lady Bothwell,—si estás resuelta á dar semejante paso, que yo considero como una locura, por lo menos no irás sola; pues si ese hombre es un impostor, como yo creo, puedes estar demasiado agitada por tus impresiones para reconocer su villanía. Si, como yo no puedo esperar, hallas algo de cierto en lo que él pretende, no estarás expuesta tú sola á una comunicación de tan extraordinaria naturaleza. Te acompañaré si

la mujer de un soldado deseaba conocer la suerte de su marido, asunto sobre el cual se consultaba, sin duda, con frecuencia al nigromante.

Hasta el último instante, cuando el reloj de palacio dió las ocho, lady Bothwell había vigilado atentamente á su hermana, esperando que se recontrajese de su loco empeño; pero la humildad y hasta la timidez conviértense á menudo en invencible resolución, y lady Forester no vaciló al llegar la hora.

Poco satisfecha, pero resuelta, á no abando-



EL ESPEJO DE MI TÍA MARGARITA: Las dos hermanas, ya en la habitación interior, vieron al famoso doctor

te empeñas en ir; pero reflexiónalo bien, y cree que lo mejor sería renunciar á informes imposibles de obtener sin culpa y tal vez sin peligro.

Lady Forester se arrojó en brazos de su hermana, dándole gracias por el ofrecimiento que hacía; pero rehusó con expresión melancólica seguir el cariñoso consejo que se le daba.

Cuando comenzó á oscurecer, hora en que el doctor Damiotti recibía las visitas de aquellos que deseaban consultarle, las dos damas salieron de su casa, vistiendo el traje de mujeres de clase inferior y cubierta la cara cuanto era posible. Lady Bothwell había sugerido este medio, en parte para evitar la observación cuando entrasen en la casa del nigromante, y también para poner á prueba la penetración de éste. El criado de lady Forester, hombre de reconocida confianza, había sido enviado antes al doctor para anunciarle que

nar á su hermana en semejante crisis, lady Bothwell la acompañó por más de una oscura y desierta callejuela, precediéndolas el criado como guía. Al fin, este último penetró en un reducido patio y llamó á una puerta arqueada que parecía pertenecer á una casa muy antigua: abrióse al punto sin que se viese á nadie, y el criado, entrando sin vacilar, invitó á las señoras á seguirle. Apenas estuvieron dentro, la puerta se cerró, y las visitantes se encontraron en un pequeño vestíbulo débilmente iluminado por una lámpara, y ya no vieron al criado, á quien, sin duda, alguien había retenido. En la extremidad de aquella habitación divisábase una puerta entornada.

—Ahora ya no podemos vacilar, —dijo lady Bothwell adelantándose y penetrando en la habitación interior.

Allí vieron, rodeado de libros, mapas y varios utensilios extraños, al famoso doctor.

Nada particular ofrecía su aspecto: era hombre muy moreno, de facciones muy pronunciadas, y podría tener á lo sumo cincuenta años. Vestía un traje todo negro, sumamente aseado y casi elegante, como el que solían usar entonces todos los hombres de su profesión.

Varias bujías de cera en candeleros de plata iluminaban el aposento, bastante bien amueblado.

El nigromante se levantó al entrar las señoras, y, á pesar de su humilde traje, recibió-las con todo el marcado respeto debido á su calidad, como si adivinase que bajo sus humildes ropas se encubrían dos damas de importancia.

Lady Bothwell trató de conservar su propósito incógnito; y como el doctor las condujese hasta el otro lado de la habitación, hizo un movimiento cual si rehusase aquella deferencia, impropia para una mujer de su condición.

—Somos pobres, caballero, —dijo;— y solamente el pesar de mi hermana nos ha inducido á venir aquí para consultaros sobre...

—Ya sé,—interrumpió el doctor, sonriendo con bondad,—que vuestra hermana tiene una aflicción, y no se me oculta cuál es. No ignoro tampoco que me honran con su visita dos damas de las más principales, lady Bothwell y lady Forester; y si yo no supiese distinguirlas de la clase de sociedad que el traje que ahora visten indica, no me sería posible, seguramente, proporcionarles los informes que vienen á pedirme.

—Fácilmente comprendo,—repuso lady Bothwell,—que sepáis...

—Dispensadme que os interrumpa de nuevo, señora,—dijo el italiano.—Ibais á decirme que comprendíais fácilmente que yo supiera vuestros nombres por medio del criado; mas, al creer tal cosa, sois injusta respecto á la fidelidad de ese hombre, como lo sois también al dudar de la habilidad de Bautista Damiotti, vuestro humilde servidor.

—No es mi intención juzgar ahora ni del uno ni del otro, caballero,—replicó lady Bothwell, tratando de conservar su compostura, aunque algo sorprendida;—pero confesaré que la situación es algo extraña para mí. Si sabéis quiénes somos, no debéis ignorar el motivo que nos trae á esta casa.

—Sí,—contestó el nigromante;—ya sé que venís á informaros sobre cierto caballero escocés, hombre de calidad, que se halla ahora, ó estaba hace poco, en el continente. Se llama Felipe Forester, es persona notable y tiene el honor de ser esposo de la señora que os acompaña; pero, desgraciadamente, y perdonad mi franqueza, no aprecia en su justo valor, y cual debiera, á la que adoptó por compañera y por esposa.

Lady Forester dejó escapar un suspiro, y su hermana replicó:

—Puesto que conocéis el objeto de nuestra visita, sin que os lo hayamos indicado, lo único que falta es saber si está á vuestro alcance aliviar la inquietud de mi hermana.

—Sí, señora,—contestó el doctor;—en mis manos está hacerlo; pero antes debo dirigiros una pregunta. ¿Tendréis valor para ver por vuestros propios ojos lo que el caballero Felipe Forester hace ahora, ú os contentaréis con que yo os lo diga?

—A esa pregunta podrá responder mi hermana mejor que yo,—contestó lady Bothwell.

—Con mis propios ojos tendré valor para ver todo cuanto os sea posible mostrarme.—dijo



EL ESPEJO DE MI TÍA MARGARITA: Damiotti hizo seña á las dos mujeres de que ya podían adelantarse

lady Forester con voz segura y expresión resuelta.

—Puede haber peligro en ello,—repuso el doctor.

—Si el oro puede compensar el peligro,—replicó lady Forester,—tomad mi bolsa.

—No hago tales cosas por el afán del lucro,—contestó el doctor,—ni quiero envilecer mi arte hasta ese punto. Si tomo el oro de los ricos, no es sino para socorrer á los pobres, y no acepto nunca mayor suma de la que ya he recibido de vuestro criado. Guardad, pues, señora, vuestro oro, y sabed que un adepto no lo necesita.

Lady Bothwell, considerando que el em-pírico no rechazaba el dinero de su hermana sino con el objeto de obtener mayor suma, y deseosa de que aquella escena comenzase y terminara lo más pronto posible, ofreció algunas de las monedas de oro que llevaba, dicién-

do que solamente eran para que el doctor ensanchase la esfera de su caridad.

—La Sra. Bothwell,—dijo el doctor,—puede hacer eso por sí misma, sin limitarse tan solo á dar limosnas, en las cuales sé muy bien que no es parca, y haciendo también la caridad de no poner en duda la honradez de los demás hasta que sepa que son unos tunantes, lo cual os agradecerá muy de veras vuestro servidor Bautista Damiotti. No os sorprenda, señora, que yo conteste así á vuestros más íntimos pensamientos, más bien que á vuestras palabras, y decidme una vez más si tendréis valor para ver lo que estoy dispuesto á mostraros.

—Confieso, caballero,—dijo lady Bothwell,—que vuestras palabras me infunden temor; pero, sea lo que fuere lo que mi hermana desea ver, no vacilaré en mirar con ella.

—El peligro no consiste más sino en que vuestra resolución vacile si os falte. El espectáculo no durará más que siete minutos; y si alguna de vosotras interrumpiese la visión pronunciando una sola palabra, no solamente se rompería el encanto, sino que podría resultar algún peligro para los que miran. Si os es posible permanecer silenciosas y serenas por espacio de siete minutos, vuestra curiosidad quedará satisfecha sin el menor riesgo; y sobre esto os doy mi palabra de honor.

Lady Bothwell pensó en su interior que aquella seguridad era cosa indiferente; mas no manifestó sorpresa alguna, cual si creyera que el adepto podía realmente penetrar, ó, mejor dicho, leer, las más secretas reflexiones.

Siguióse una pausa solemne, hasta que lady Forester halló fuerza bastante para contestar al doctor que observaría firme y silenciosa el espectáculo prometido.

Al oír estas palabras, el nigromante hizo una reverencia, y, pidiendo permiso para hacer sus preparativos, salió de la habitación.

Las dos hermanas, cogidas de la mano, como para hacer frente por esta unión á cualquier peligro que las amenazase, ocuparon dos asientos una junto á otra, Jemima buscando apoyo en el reconocido valor de lady Bothwell, y ésta más agitada de lo que hubiera podido esperar y haciendo un esfuerzo para fortificarse en la desesperada resolución impuesta por las circunstancias. La una se decía tal vez que su hermana no temía cosa alguna, y la otra reflexionaría acaso que lo que una mujer como Jemima no temía, no debía inquietarla á ella.

Pocos momentos después la meditación de ambas fué interrumpida por una música tan dulce y solemne, que no solamente era propia para desvanecer tristes impresiones por su deliciosa armonía, sino también para producir excitación. Aquella música debía ser la de algún instrumento desconocido de las visitantes; pero circunstancias ulteriores indujeron á creer más tarde á mis antecesoras que el tal instrumento era un arpa.

Apenas cesaron aquellos dulces sonidos, abrióse una puerta en el fondo de la habita-

ción, y las dos hermanas vieron á Damiotti de pie en el umbral, haciendo la seña para que se adelantasen.

Su traje era tan distinto del que vestía pocos minutos antes, que lady Bothwell y su hermana no le reconocieron al pronto; mientras que la mortal palidez de sus facciones y cierta rigidez externa de los músculos, como la del hombre que sufre alguna presión dolorosa, había cambiado completamente su fisonomía, desvaneciéndose la expresión sarcástica con que antes habló á sus visitantes, sobre todo á lady Bothwell. No llevaba más calzado que una especie de sandalias como las usadas por los antiguos; tenía las piernas descubiertas desde la rodilla, y llevaba una túnica de seda de color carmesí oscuro, sobre la cual se había puesto un ropaje blanco que dejaba en descubierto el cuello.

Al acercarse las dos damas, no hizo el menor ademán de ceremoniosa cortesía, como los que antes prodigaba, y, muy por el contrario, notábase en su actitud cierto aire de autoridad.

Cuando las dos hermanas, cogidas del brazo, estuvieron delante de él, frunció las cejas y, aplicándose un dedo á los labios, como para imponerlas otra vez el silencio, condujolas á un aposento contiguo.

Era una espaciosa habitación tapizada de negro como para un funeral; en el fondo veíase una mesa, ó, más bien, una especie de altar, cubierto también con lúgubres colgaduras, y allí había varios instrumentos de formas singulares, parecidos á los que suelen usar los hechiceros, pero que no eran visibles al principio, á causa de ser muy escasa y débil la luz de las lámparas pendientes del techo.

El nigromante se dirigió hacia el altar, hizo una genuflexión, como la de un católico ante un crucifijo, y al mismo tiempo se persignó.

Las dos damas le seguían silenciosas, siempre cogidas del brazo.

Dos ó tres anchos escalones conducían á una plataforma situada enfrente del altar, y allí se detuvo el doctor, colocando á las señoras tras él y recomendándoles una vez más, por un ademán, el más profundo silencio.

El italiano, extendiendo después su brazo desnudo, señaló con un dedo cinco grandes antorchas colocadas á cada lado del altar, cuya llama se avivó en aquel mismo instante, difundiendo una luz muy fuerte en toda la habitación.

Entonces las visitantes pudieron ver en el supuesto altar dos espadas cruzadas, una gran Biblia abierta, ó que tal parecía, pero en lenguaje desconocido para ellas, y junto al misterioso volumen un cráneo humano; pero lo que más chocó á las dos damas fué un espejo muy alto y ancho, que ocupaba todo el espacio detrás del altar y en el cual se reflejaban, por la luz de las antorchas, los misteriosos objetos colocados delante.

El nigromante se colocó entre las dos hermanas, y, señalando el espejo, cogió á cada

una de ellas por la mano, sin pronunciar una sílaba. Las dos miraron fijamente la pulimentada superficie que había llamado su atención, y, de repente, vieron que aquélla tomaba otro aspecto muy singular.

Ya no se reflejaron en ella los objetos que se hallaban delante, y, cual si hubiese contenido en sí algún aparato escénico, comenzaron a dibujarse, de una manera vaga é indistinta al principio, otros muy diversos, pero con la confusión de un caos, hasta que definieron sus formas con cierta simetría. Después de alguna oscilación de la luz, el maravilloso espejo se oscureció, presentando una larga perspectiva de arcos y columnas, con una especie de bóveda en la parte superior, y, al fin, la visión quedó fija y como estacionaria, figurando el interior de una iglesia extranjera. Los pilares, muy macizos, al parecer, tenían por adorno escudos brillantes; los arcos eran magníficos, y en el suelo veíanse inscripciones funerarias; mas no había allí capillas separadas, ni imágenes, ni cáliz ni crucifijo en el altar; de modo que aquello sería, sin duda, una iglesia protestante del continente. Un sacerdote estaba de pie ante el altar, con la Biblia abierta á la vista, y su ayudante, á pocos pasos, parecía ocupado en algún servicio de la iglesia.

Al fin, penetraron en la nave muchas personas, que parecían ser el cortejo de alguien que iba á casarse, y un momento después apareció una señora y un caballero cogidos de la mano, seguidos de numeroso concurso, todos ricamente ataviados. La novia, cuyas facciones se podían ver distintamente, no parecía tener más de diez y seis años y era notablemente hermosa.

(Se concluirá)

EL FIN DEL SITIO DE SEBASTOPOL

Terribles fueron las jornadas de á últimos de agosto de 1855, al intentarse una y otra vez, siempre vanamente, la toma de las obras avanzadas de la torre de Malakoff. Rayó tan alto entonces el valor de los franceses como el de los rusos. Estos se sostenían con una impavidez maravillosa; los franceses atacaban con un brío admirable.

La campaña había resultado muy diferente de lo que se había previsto. El genio de Tottleben había convertido en formidable ciudadela la plaza de Sebastopol; las trincheras y bastiones que la defendían eran obras maestras de ingeniería, y la toma de cada una de ellos costaba torrentes de sangre. Guerra terrible, de la que Francia sólo sacó un puñado de gloria, proporcionando, en cambio, á Inglaterra las más positivas ventajas y, lo que es más curioso, siendo la base de la futura unidad italiana. Cavour, en efecto, se había metido de mogollón en la campaña, enviando un cuerpo de piamonteses á pelear al lado de las tropas francesas, de cuyas resultas tuvo voz y voto

el Piamonte en la Conferencia de París, y pudo acusar al Austria las cuarenta.

VARIEDADES

LA TUMBA DE ALEJANDRO EL GRANDE

El sabio M. Max de Zaghed comunica á la *Revue d'Egypte* algunas noticias acerca del sitio probable en que se encuentra oculta la tumba de Alejandro el Grande.

En efecto: el conquistador legendario que trastornó el Asia y una parte de Europa, y que poseyó el mayor imperio que se haya conocido jamás, duerme desde hace veinte siglos en una tumba ignorada.

Los historiadores griegos y latinos cuentan que, sintiéndose morir Alejandro, dispuso que su cuerpo fuese depositado en el templo de Júpiter Ammón en Egipto. El cuerpo embalsamado fué colocado en un ataúd de oro batido, y un carro igualmente de oro condujo el cadáver imperial de Babilonia á Egipto por Damasco. El ataúd llegó después de un largo viaje á Alejandría y fué depositado en la sepultura de los Ptolomeos.

Cerca del fin del siglo primero antes de nuestra era, Ptolomeo Alejandro tuvo necesidad de dinero é hizo acuñar moneda con el ataúd de oro, reemplazándolo con uno de cristal.

La tumba de Alejandro fué durante muchos siglos objeto de peregrinaciones. Strabón, Julio César, Augusto, Calígula y Séptimo Severo vinieron á contemplarlo en su caja de vidrio. Octavio le hizo colocar en la cabeza una corona de oro, y el loco de Calígula le quitó su corona.

A partir de esta época, el recuerdo de la tumba de Alejandro se ha perdido hasta estos últimos años, sospechándose apenas dónde podía estar situada.

Entretanto, se tiene la seguridad de que aún subsiste intacta, pero inabordable para los exploradores, en la cripta de la mezquita de Daniel, elevada en Alejandría sobre el antiguo emplazamiento del antiguo palacio de los Ptolomeos.

Por el año 1850 un sabio griego pudo penetrar con un guía. «Después de haber pasado un largo corredor secreto se encontró en presencia de una puerta apolillada, y pudo ver por una hendidura, en una especie de caja de vidrio, un cuerpo humano, del cual la cabeza tenía puesta una diadema, y que parecía sentado á medias en una especie de trono.

»A su alrededor yacían esparcidos una multitud de papiros y libros.»

El guía lo sacó de su abstracción y no contestó nada á las preguntas que le hizo.

La exploración de esta cripta tendría el doble interés de producir el descubrimiento del cuerpo de Alejandro el Grande y adquirir algunos restos de la inmensa biblioteca de Alejandría.

Desgraciadamente, M. Maspero, el célebre



EL FIN DEL SITIO DE SEBASTOPOL: Avance de los franceses sobre la torre de Malakoff

egiptólogo que hizo en 1878 una segunda tentativa, ha recibido una negativa formal, y poco después de su estancia en Alejandría, bajo

pretexto de asegurar los cimientos de la mezquita, han hecho tapiar el corredor que conduce á la tumba de Alejandro.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—MANUEL PLA Y VALOR: Ancha de San Bernardo, n.º 19, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA